



Arturo en Avalon. Burne Jones

PINTURA ARTÚRICA

Una visión épica de la historia y el mito

Jesús Tablate Miquis

El argumento de las leyendas, relatos y novelas que constituyen el llamado ciclo artúrico tiene unas largas, sinuosas y complicadas raíces que se hunden, como decía Carlos García Gual, “en el humus mítico”. Resultado de la compleja colaboración entre bardos celtas, cuenteros bretones, novelistas franceses, ingleses y alemanes, los relatos relacionados con el legendario rey y su corte de paladines deshacedores de entuertos, se convirtieron en el

conjunto que ha llegado hasta nosotros en el periodo comprendido entre la aparición en 1136 de la *Historia de los reyes de Britania* de Geoffrey de Monmouth y la composición del gran Ciclo en prosa, la llamada *Vulgata artúrica*, finalizado hacia 1230. Luego, a finales del siglo XV, Sir Thomas Malory traduciría y adaptaría las novelas francesas del ciclo, añadiéndolas el último eslabón, *La muerte de Arturo*, que constituye el primer libro en prosa poética de la literatura inglesa. La adaptación que





Sir Galahad. William Hatherell

hizo Malory inspiró a numerosos poetas ingleses durante algunos años. En España la última novela de caballería con éxito fue *El espejo de príncipes y de caballeros. El caballero de Febo*, publicada en 1555. Y, como dice García Gual, “la primera novela moderna nos cuenta la extravagante aventura de un ingenioso hidalgo enloquecido por la desenfrenada lectura de esos libros de caballería, de tan remoto abolengo, amontonados peregrinamente en una casona de una perdida aldea de la Mancha”.

Pero tras un periodo de cerca de dos siglos en el que el interés por las leyendas del ciclo artúrico menguó considerablemente, a partir del siglo XIX, y sobre todo tras la publicación del *Ivanhoe* de Sir Walter Scott, reaparecería en Inglaterra el interés por el mundo de la caballería medieval y las leyendas relacionadas con la Tabla Redonda y con la búsqueda del Grial. Los *Idilios del rey* de Tennyson recrearían este universo en una clave lírica, melancólica y moralizada al uso victoriano. Pero

otro gran poeta de la época, William Morris, escribiría *La defensa de Ginebra*, un hermoso poema donde la reina expresa valientemente su derecho a la pasión, por encima de las obligaciones legales de un matrimonio resignado y frío. Y sobre todo el ciclo artúrico se convierte en este periodo en uno de los temas preferidos de la pintura. Los prerrafaelistas aportarían su interpretación de la espiritualidad de lo gótico, pero también elementos procedentes de ese segundo renacimiento que supuso la recuperación de la cultura grecolatina a través del Grand Tour, e incluso influencias más orientales.

También la Francmasonería, entonces en plena expansión, recibió influencias de este renacer de las leyendas caballerescas, pues incluso tomó de ellas numerosos elementos que fue integrando en los rituales de sus llamados Altos Grados. Lo caballeresco se convierte en un ideal ético. Subtitulado primero “Reglas para los caballeros de Inglaterra” y luego “El verdadero sentido y práctica de la caba-





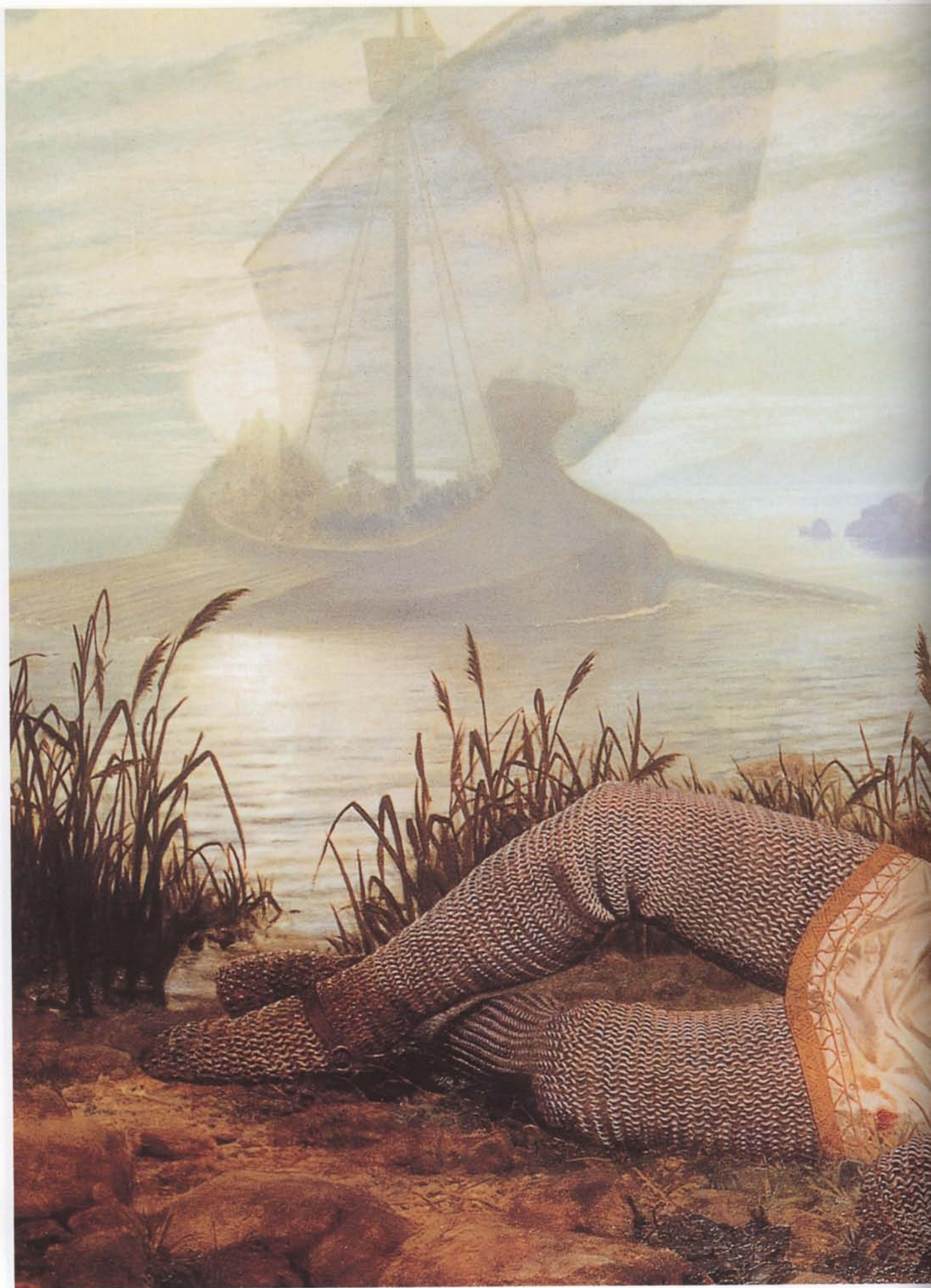
Sir Lancelot durmiendo. W. Frank Calderon

llería”, el libro de K. H. Digby *The Broad Stone of Honour*, “La ancha piedra del honor”, era un alegato a favor del código ético del mundo caballeresco. Como dice García Gual “El ideal del *gentleman* estaba modelado sobre el perfil esquemático idealizado del caballero andante: socorredor de los débiles, protector de los menesterosos, defensor de las damas, galante y viajero, generoso y muy desprendido en asuntos económicos, siempre atento al *fair play* y a la palabra empeñada, excelente deportista por lo demás y dispuesto a la aventura”.

Pero aunque los libros de caballería, desoyendo la lección del ingenioso hidalgo, pudieran ser considerados espejo de virtudes, como se hizo, los *gentlemen* victorianos no conseguían reflejarse en este espejo, que como el de Alicia, era puerta al *au-delà*. Lo que sucede en estos relatos transcurre en un lugar que es Mundo Imaginalis. Un lugar penetrado por la magia. Lleno de umbrales que conducen a lo fantástico y de pozos que conducen a la hondura de los hombres, a los linajes, los pecados, la pureza, el valor y la lealtad. Por ello, como

lo cuenta explícitamente el propio ciclo, es relato que transcurre en un mundo perdido; un mundo que no es ya sino ensoñación, quimera. Reflejando así, como no han dejado de señalar los estudiosos del ciclo, la decadencia que vivía la nobleza feudal durante el periodo en el que fue elaborado el conjunto de relatos. Y lo mismo sucede con el principal protagonista de la historia, el rey Arturo, en cuya imagen perviven rasgos antiguos, como el trazo mesiánico de su desaparición tras sus graves heridas en la última batalla y su recuperación en la mítica Avalón, de donde ha de regresar un día. Pero que también es probablemente un personaje inspirado en el recuerdo de algún caudillo de los llamados britones, pobladores celtas del norte y sur de la isla, y de su desesperada lucha contra los invasores anglosajones, al mismo tiempo que el reflejo de los emperadores de los que hablaban las crónicas, Alejandro, César o Carlomagno, con quienes Arturo sería representado muy pronto, a finales del siglo XIV, en el friso escultórico de la Fuente Hermosa de Nuremberg. Aunque en el









El Rey Arturo. James Archer

conjunto de novelas del ciclo Arturo sea sobre todo ese *roi fainéant* ideal que deseaban los grandes señores feudales. Espejo de cortesía, generosidad y justicia, moderador y mediador, pero alejado de la acción, que es tarea de los paladines.

En los últimos años los libros de caballería han conocido un segundo renacimiento gracias a las numerosas películas, novelas, comics o juegos de ordenador inspirados de manera más o menos acertada en los relatos y leyendas medievales del ciclo artúrico. Pero son sin duda los pintores y dibujantes ingleses del siglo XIX quienes más hicieron por dar forma y figura a este mundo que tiene la irrealidad como materia y a estos caballeros, enamorados y corteses, generosos, deshacedores de

entuetos y defensores del débil, que permanecen lidiando eternamente contra el mal en una aventura que no tiene fin.

Pag. 43 - La bella dama. Sir Frank Dickse

" 45 - *La Reina Guinevere.* John Collier

" 47 - *Arturo y la Dama del lago.* W. Hatberell

" 48-49 - *La muerte del Rey Arturo.* J. Mulcaster

Nota: iconografía finales siglo XIX.

BIBLIOGRAFÍA:
Biblioteca Artúrica de
ALIANZA Editorial